

PARA ALUMBRAR A TODOS

Del libro para miembros del Opus Dei: CUADERNOS 7: VOCACIÓN Y APOSTOLADO

PARA ALUMBRAR A TODOS

Trabajar bien es una fundamental exigencia humana, por la que el hombre desarrolla sus propias cualidades naturales y coopera al bien de la entera sociedad. *El trabajo, todo trabajo, es testimonio de la dignidad del hombre, de su dominio sobre la creación. Es ocasión de desarrollo de la propia personalidad. Es vínculo de unión con los demás seres, fuente de recursos para sostener la propia familia; medio de contribuir a la mejora de la sociedad, en la que se vive, y al progreso de toda la Humanidad* ¹.

Para el cristiano, además, el trabajo bien hecho es materia y ocasión de su encuentro personal con Jesucristo, y medio para que todas las realidades de este mundo sean informadas por el espíritu del Evangelio. De modo especial, el espíritu del Opus Dei enseña que, para nosotros, el trabajo profesional ordinario es el principal instrumento de santificación personal y de apostolado. Dando luz nueva a unas palabras de la Escritura, Dios se lo mostró a nuestro Padre, que escribió: *y comprendí que serán los hombres y mujeres de Dios, quienes levantarán la Cruz con las doctrinas de Cristo sobre el pináculo de toda actividad humana... Y vi triunfar al Señor, atrayendo a Sí todas las cosas* ².

Por eso, al hablar de Cristo —de su vida y doctrina, de su Iglesia

(1) *Es Cristo que pasa*, n. 47.

(2) De nuestro Padre, 7-VIII-1931, en *Obras*, 1976, p. 400.

Santa—, al mover a sus amigos a seguir al único Maestro, el apóstol no debe olvidar que una parte esencial de su testimonio cristiano consiste en el prestigio profesional, que cada uno ha de esforzarse por adquirir y mejorar constantemente.

¿Qué apostolado, en efecto, podría hacer una persona que no realizara a conciencia su trabajo, que no cuidase la perfección humana de su tarea profesional, que no tuviera prestigio entre sus colegas? A lo más, podría atraer a los que fueran como él, pero no a los buenos trabajadores, a las cabezas claras, que precisamente por eso están en mejores condiciones para llevar a la práctica el programa de santificación de las realidades terrenas, que Dios encomienda a todos los cristianos y, de modo particular, a cuantos tratan de vivir según el espíritu del Opus Dei.

La enseñanza del Maestro

Pocos detalles ofrece el Evangelio acerca de la vida de trabajo de Jesús, pero ese silencio sobre la biografía del Maestro es bien elocuente, y encierra lecciones de maravilla para los cristianos. Fueron años intensos de trabajo y de oración, en los que Jesucristo llevó una vida corriente —como la nuestra, si queremos—, divina y humana a la vez; en aquel sencillo e ignorado taller de artesano, como después ante la muchedumbre, todo lo cumplió a la perfección ³.

En su vida pública, desde el comienzo, el Señor es conocido como el artesano, el hijo de María ⁴. Y a la hora de los milagros, la multitud exclama entusiasmada: ¡todo lo hizo bien! ⁵, absolutamente todo: los grandes prodigios y las cosas menudas, cotidianas, que a nadie deslumbraron, pero que Cristo realizó con la plenitud de quien es perfectus Deus, perfectus homo (Símbolo Quicumque), perfecto Dios y hombre perfecto ⁶.

(3) *Amigos de Dios*, n. 56.

(4) *Marc.* VI, 3.

(5) *Marc.* VII, 37.

(6) *Amigos de Dios*, n. 56.

El mismo Señor nos hace considerar que, sin la diligencia y constancia del buen trabajador, la vida cristiana se volatilizaría en deseos, quizá aparentemente piadosos, pero estériles y dignos de castigo, como le ocurrió al *siervo malo y perezoso*⁷, que no hizo rendir los talentos recibidos. Y, dolorido, reprocha a los hijos de la luz que muchas veces no pongan toda su industria en sacar adelante sus negocios, de la que en cambio hacen gala los hijos de las tinieblas⁸.

Tan importante es el prestigio profesional, que nuestro Padre no dudó en calificarlo como "*anzuelo de pescador de hombres*"⁹, instrumento necesario para la eficacia apostólica: *para que El reine en el mundo* —escribió—, *hace falta que haya quienes, con la vista en el cielo, se dediquen prestigiosamente a todas las actividades humanas, y, desde ellas, ejerciten calladamente —y eficazmente— un apostolado de carácter profesional*¹⁰.

Una urgencia siempre actual

"*Venite post me, et faciam vos fieri piscatores hominum*" —venid detrás de mí, y os haré pescadores de hombres. —No sin misterio emplea el Señor estas palabras: a los hombres —como a los peces— hay que cogerlos por la cabeza.

¡Qué hondura evangélica tiene el "*apostolado de la inteligencia*"!¹¹.

Siempre enseñó nuestro Padre que el trabajo ordinario es instrumento para implantar efectivamente el reinado de Cristo. Por eso hay que cuidar la formación profesional, fijándose metas para perfeccionarla día a día, incluso después de terminados los estudios o el periodo de aprendizaje propio de cualquier trabajo. De este modo, como consecuencia lógica del empeño y de la seriedad de su tarea, el discípulo de Cristo —además de cumplir su deber humano y cristiano— tendrá en-

(7) *Matth.* XXV, 26.

(8) *Cfr. Luc.* XVI, 8.

(9) *Camino*, n. 372.

(10) *Camino*, n. 347.

(11) *Camino*, n. 978.

tre sus colegas fama de buen trabajador o de buen estudiante, que necesita para realizar un apostolado profundo ¹².

Exigíos en vuestro trabajo, hijos míos, ha escrito el Padre. De esa exigencia depende la autenticidad de vuestro apostolado, y la autenticidad de vuestra vida entera. No lo perdáis de vista jamás, porque nuestro Fundador nos lo predicó insistentemente: a Dios no le podemos ofrecer una chapuza. No os podéis conformar con una realización rutinaria, vulgar, anodina de vuestros quehaceres. Tenéis que poner en vuestras ocupaciones —sean las que sean, que todos los trabajos humanos, excluidos los que están manchados por el pecado, tienen su belleza y su valor— empeño, afán de mejorar, iniciativa, visión de conjunto, espíritu de servicio, cuidado de los detalles, competencia profesional ¹³.

Ha de urgirnos, no la búsqueda de gloria humana, sino el deseo de poner a Cristo en la cúspide de todas las actividades humanas. Sabemos muy bien que *todas las realidades de este mundo son camino, escalones que nos permiten llegar adonde Cristo nos espera. Pero, la búsqueda exclusiva de un porvenir brillante, aunque se presentara como anzuelo de almas, constituiría un engaño pseudo-espiritual; una victoria del demonio, que lograría hacernos bajar hasta el escalón de la propia vanagloria, en lugar de ascender hasta Dios. Incluso humanamente resulta ridículo; pero, además, nosotros tenemos motivos sobrenaturales, para trabajar sólo por Dios. ¡Vale la pena! ¹⁴.*

De este trabajo bien hecho, puesto al servicio de Dios, nos hablan las obras de los primeros fieles cristianos. Y la historia de la Iglesia nos enseña, por contraste, que el abandono de esta exigencia de seriedad profesional es ocasión de que los enemigos de Dios, vacío de ideas el cerebro, se den tono de sabios y escalen puestos que nunca debieran escalar ¹⁵.

Ciertamente el Evangelio no se ha difundido a fuerza de medios humanos, sino a impulsos de la gracia. Pero es evidente que una acción apostólica edificada sin el fundamento de las virtudes humanas, de la

(12) Cfr. Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 36.

(13) Del Padre, *Carta*, 24-IX-1978, n. 45.

(14) Del Padre, *Tertulia*, 26-III-1978, en *Crónica*, 1978, 557.

(15) *Camino*, n. 35.

laboriosidad, de la valía profesional, sería hipocresía y ocasión de burla o desprecio por parte de los demás. *Cuando bullen, "haciendo cabeza" de manifestaciones exteriores de religiosidad, gentes profesionalmente mal conceptuadas, de seguro que sentís ganas de decirles al oído: ¡Por favor, tengan la bondad de ser menos católicos!*¹⁶.

Un deber grave

El esfuerzo para adquirir una adecuada preparación profesional, es un deber de todos los hombres, y especialmente de los que Dios llama a santificarse en medio de las actividades terrenas. *El cristiano que falta a sus obligaciones temporales* —enseña el Concilio Vaticano II—, *falta a sus deberes con el prójimo; falta, sobre todo, a sus obligaciones con Dios y pone en peligro su eterna salvación*¹⁷.

Dirigiéndose a estudiantes universitarios que frecuentan los medios de formación de la Obra en todo el mundo, Juan Pablo II decía: *a vosotros os pido hoy realizar extraordinariamente vuestro trabajo ordinario: con seriedad humana, pero sobre todo con un amor que crezca de día en día, que traiga frutos de fidelidad*¹⁸.

Este deber no disminuye con el paso de los años, aunque reviste particular trascendencia en la primera etapa de la vida, cuando se adquiere la formación necesaria para el ejercicio de la profesión. Tal idoneidad se consigue a base de horas de aprendizaje —de estudio o de empeño en la tarea manual—, hecho con seriedad y con visión de futuro. Concretamente, a los que se preparan para un trabajo intelectual —y puede aplicarse a todas las demás profesiones—, nuestro Padre les invitaba a no descuidar la obtención de buenas calificaciones —índice indudable de aplicación en la tarea—, quizá con la excusa de empeñarse en otras actividades de más eficacia apostólica a primera-vista. *Los*

(16) *Camino*, n. 371.

(17) Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et Spes*, n. 43.

(18) Juan Pablo II, *Alocución al Congreso UNIV'83*, 29-III-1983.

*estudiantes, deben sacar buenas notas; si no, ¿cómo van a atraer a sus compañeros?*¹⁹.

El prestigio profesional se refuerza con el trabajo silencioso de cada día, cuidado hasta el detalle, hecho a conciencia y en presencia de Dios. Tiene repercusiones inmediatas en los colegas y prepara insospechados horizontes de eficacia. Por eso nuestro Padre insistía en alcanzar siempre una seria competencia en el trabajo, dentro de la capacidad e intereses personales de cada uno. *Hemos de trabajar como el mejor de los colegas. Y si puede ser, mejor que el mejor. Un hombre sin ilusión profesional no me sirve*²⁰.

Ese empeño, con sus resultados naturales valiosos, otorga al cristiano consecuente con su vocación una autoridad moral ante sus colegas y compañeros, y hace de él un instrumento idóneo para enseñar, persuadir, corregir, atraer... Le convierte, en definitiva, en un pedestal de Cristo, en *cátedra desde la cual se enseñe a los demás a santificar ese trabajo y a acomodar la vida a las exigencias de la fe cristiana*²¹. Y así, concluye nuestro Fundador, *al que pueda ser sabio no le perdonamos que no lo sea; pero no es preciso, ni necesario, que todos lo seáis. En cambio es necesario que todos (...) sean doctos, competentes en su labor profesional, con prestigio de rectitud y de ciencia o de arte entre sus colegas*²².

No habría excusas aceptables para quien no tratara de adquirir la competencia profesional que puede y debe alcanzar, con esfuerzo diario y perseverante. No lo sería, desde luego, la más o menos aparente falta de tiempo, a causa de la necesidad, por ejemplo, de ganar el dinero preciso para sostenerse, de atender a compromisos de formación espiritual... Si el Señor quiere esas circunstancias más exigentes, también ofrece con abundancia su ayuda, de manera que no queden incumplidos los deberes profesionales. Como escribió nuestro Fundador en un antiguo documento, *en igualdad de condiciones, y aun en inferioridad de condiciones de talento, de cultura, etc., el que vence la pereza de modo habitual —hoy, ahora— es el que domina siempre*²³.

(19) De nuestro Padre, en Cuadernos, 3, p. 177.

(20) De nuestro Padre, Carta, 15-X-1948, n. 15.

(21) De nuestro Padre, Carta, 11-III-1940, n. 49.

(22) *Ibid.*, n. 50.

(23) De nuestro Padre, Instrucción, 9-I-1935, n. 46.

Para quienes se empeñan en vivir a fondo la vocación cristiana, todo este esfuerzo ha de ser elemento esencial de su formación, materia de su examen, criterio de selección para descubrir las almas mejor dispuestas al mensaje de Cristo y a recibir la vocación a la Obra. Y afecta a todos, sea cual fuere la edad, condición o trabajo que se ejercite. *Para que la llama de la doctrina brille con eficacia, es preciso en primer lugar que te formes bien profesionalmente, que estudies para ser docto. Docto entre los de tu clase y categoría: labriego, obrero, médico, diplomático...* ²⁴.

La luz sobre el candelero

Vosotros sois la luz del mundo —decía Cristo a sus primeros seguidores y a los cristianos de todos los tiempos—. No se puede encubrir una ciudad edificada sobre un monte, ni se enciende la luz para colocarla debajo de un celemn, sino sobre el candelero, a fin de que alumbré a todos los de la casa ²⁵. Gracias a la seriedad y competencia con que se debe realizar, *el trabajo profesional —sea el que sea— se convierte en un candelero que ilumina a vuestros colegas y amigos* ²⁶.

La caridad cristiana quema en torno suyo, alumbrando desde ese candelero que es el prestigio profesional. El amor de Dios rechaza el conformismo y la mediocridad, que en el fondo son síntomas de tibieza. Un cristiano consciente de que participa de la misión regia de Cristo para guiar a las almas, procura arrastrarlas hacia Dios con todos los medios lícitos a su alcance, incluida su propia competencia profesional. No se conforma con medianías, cuando puede aspirar a más.

¿Adocenarte? ¿Tú... del montón!? ¡Si has nacido para caudillo! Entre nosotros no caben los tibios. Humíllate y Cristo te volverá a encender con fuegos de Amor ²⁷.

(24) De nuestro Padre, Crónica XII-1964, p. 61.

(25) *Matth.* V, 14-15.

(26) *Amigos de Dios*, n. 61.

(27) *Camino*, n. 16.

El afán por mejorar y tener al día la propia cualificación profesional es signo claro de vibración apostólica, siempre que vaya acompañado de un uso efectivamente apostólico de esos talentos. Porque no basta la ciencia o el prestigio para hacer una honda labor de almas. Se precisa también, además de los medios sobrenaturales de la oración y el sacrificio, un conjunto de otras virtudes: el espíritu de servicio amable y sacrificado, la sencillez y humildad para enseñar sin darse importancia, la serenidad en medio del trabajo más intenso, que nunca debe convertirse en activismo...

El cristiano no está llamado a brillar con luz fría como una estrella lejana, que ni alumbra ni calienta, sino que ha de ser como una luz familiar y cercana. *Que los demás vean que trabajas bien y que, al mismo tiempo, eres buen compañero, alegre, servicial, que sabes comprenderlos y quererlos (...). Si tus compañeros ven que les comprendes y que, a la vez, eres un modelo al que pueden imitar, porque trabajas mejor que ellos, acudirán a ti y te abrirán el corazón, y tú podrás meter la palabra de Dios en esos corazones* ²⁸.

De este modo, comentaba el Padre en cierta ocasión, *trabajando en cada jornada por amor, santificando nuestra labor profesional, nos hacemos gratos a Dios, y a la vez seremos ejemplo —aunque no lo queramos— para todos los demás. Porque en sus hijos del Opus Dei, al concederles la vocación, el Señor ha encendido una luz potentísima, un faro que ilumina y da calor. Hijos míos, es el fuego del Espíritu Santo, que nos arrastra, que nos zarandea, que nos lleva de un lado para otro con el ansia de difundir el amor de Dios* ²⁹.

El Espíritu Santo, a quien los cristianos han de invocar siempre en su actividad profesional y en su apostolado, nos hará trabajar —como escribió en una ocasión nuestro Padre— *con sabiduría de artista, con felicidad de poeta, con seguridad de maestro y con un pudor más persuasivo que la elocuencia, buscando (...) el bien de toda la humanidad* ³⁰.

(28) Del Padre, Tertulia, 10-XII-1982, en Crónica, 1982, p. 1535.

(29) Del Padre, Tertulia, 17-VI-1976, en Crónica, 1976, p. 939.

(30) De nuestro Padre, Carta, 9-I-1932, n. 4.